

notas

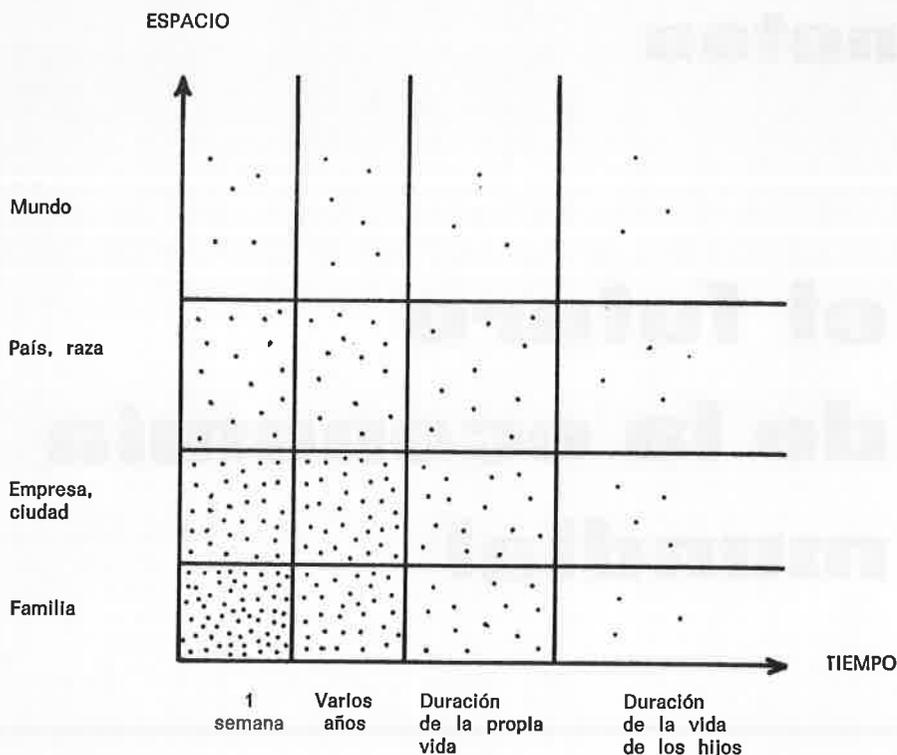
el futuro de la economía mundial

Siguiendo la tradición de los ya famosos informes del Club de Roma («Los límites del crecimiento», 1972; «La humanidad ante la encrucijada», 1974; «Reshaping the International Order», de reciente publicación y aún sin traducción castellana) el profesor Vassily LEONTIEFF acaba de publicar, bajos los auspicios de las Naciones Unidas, la obra: «The Future of World Economy». Como en los anteriores trabajos, y sea lo que fuere de las críticas que se les puedan hacer, esta obra de LEONTIEFF plantea con crudeza lo que podría llamarse el síndrome de la crisis mundial del desarrollo.

Dicho en breves palabras, si no se toman medidas que modifiquen el orden económico mundial y el sistema de distribución de recursos, una catástrofe no tardará en producirse a nivel planetario o, al menos, a nivel de vastas regiones del globo.

Las perspectivas de la humanidad

Para tomar conciencia de la situación podemos representar gráficamente las **preocupaciones fundamentales** de la gente agrupándolas según un doble criterio: a) ámbito **espacial** (problemas familiares, empresariales, nacionales, mundiales), b) alcance **temporal** (a corto plazo: una o dos semanas; a medio plazo: varios años; a largo plazo: la duración de la propia vida o de la vida de los hijos). Combinando ambos criterios obtendríamos un gráfico como el de la página siguiente (en el que cada punto representa, por ejemplo, diez millones de personas).



Ocurre que para la mayoría de la humanidad (piénsese sobre todo en las poblaciones sub-alimentadas del tercer mundo) su nivel de preocupaciones abarca solamente a la propia familia en el espacio y a las próximas semanas en el tiempo. Es natural: su principal cuestión es saber si van a poder comer en los próximos días o semanas. A medida que se amplía el horizonte espacio-temporal de esas perspectivas disminuye el número de personas que están realmente preocupadas por los problemas de ese ámbito más vasto. Quizás se encuentren todavía muchos que se inquietan por los problemas de la propia nación a un plazo medio de unos años o incluso de algunos lustros. Pero ¿cuántas personas en nuestro entorno incluyen en su ámbito de preocupaciones lo que va a ocurrir a la humanidad en los próximos cien años y que ya ha empezado a fraguarse en la actualidad? No ciertamente los políticos, cuyas perspectivas no se extienden por la lógica misma del sistema, más allá de la duración de su mandato electoral. Por eso, el gráfico se hace menos denso conforme abarcamos ámbitos del espacio y plazos en el tiempo más amplios.

El drama está en que ahí —en ese largo plazo y a nivel mundial—, es donde se plantean los más serios problemas que atañen a la humanidad: los problemas de su supervivencia. Y cabe preguntarse qué puede ocurrir cuando la inmensa mayoría de la humanidad vive despreocupada de los más graves problemas que le afectan directamente.

Los informes citados demuestran que al ritmo actual de crecimiento la crisis mundial no puede tardar en producirse de una u otra forma.

Las primeras crisis

«Profetas de desgracias y agoreros», dicen muchos al oír estas voces que califican de pesimistas. La humanidad —recuerdan— ha superado muchas otras crisis en su historia y no hay razón para pensar que no será capaz de superar el reto que hoy se le presenta.

Ciertamente, los límites que hoy parecen alzarse frente al crecimiento inorgánico e incontrolado, las barreras al desarrollo de la humanidad, se han presentado en la historia de la humanidad en repetidas ocasiones.

En los albores de la civilización el hombre tardó cientos de miles, quizás millones de años, en aprender a servirse de algo que no fueran sus propias manos. Durante épocas muy prolongadas vivió de la caza y de la recogida directa de los frutos hasta que el crecimiento de la población agotó los recursos de su espacio ecológico. En ese preciso momento, o la tribu encontraba un sistema de producción que aumentara la cantidad de alimentos disponibles o desaparecía simplemente por inanición.

En muchos lugares el ingenio del hombre descubrió que la quema del bosque en rotaciones larguísima (que dejaban la tierra en barbecho durante 20 ó 30 años hasta la regeneración de la masa forestal) era un sistema que le permitía sembrar en las cenizas con la ayuda de un simple palo, con rendimientos aceptables y esfuerzos relativamente escasos. Pero nada prueba, (más bien se puede probar lo contrario), que en todas las áreas en que la caza y la recolección directa agotaron los recursos disponibles, el hombre diese el paso hacia la agricultura itinerante de quema de bosque (muy anterior, por supuesto, al nomadismo ganadero).

No hay ninguna razón para pensar, aunque uno sea providencialista, que en el momento preciso en que un sistema productivo agotó sus posibilidades, el hombre tuvo a mano la técnica de recambio que le permitiera sobrevivir sin una ruptura en la especie.

Lo mismo ocurriría cuando el acortamiento de la duración del barbecho, motivado por el incremento de la población en una región determinada con la consiguiente disminución de la capa de cenizas y, por ello, de los rendimientos, planteó una nueva crisis del sistema agrario de la quema de montes. En ese momento, o el hombre descubre (si no lo había descubierto ya) la técnica que le permite trabajar la tierra con la ayuda de un instrumento tan esencial y simple como la azada, o se produce la desaparición masiva de multitud de etnias. Ambas cosas ocurrieron en diferentes lugares del planeta. Y cuando la azada fue insuficiente y era preciso labrar la tierra a mayor profundidad para aumentar las cosechas, se necesitó el arado. Es históricamente falso creer que en todos los lugares en que se hizo sentir la necesidad de estos cambios tecnológicos, se descubrieron las herramientas apropiadas por una especie de oportuna magia de la inventiva.

Igual podría decirse a propósito de lo que se ha llamado la **Primera Revolución agrícola**: el aumento espectacular de las producciones por la generalización de las rotaciones con el descubrimiento de las propiedades enriquecedoras del suelo de las leguminosas. Este descubrimiento, que permitió un notable incremento de la población en Europa Occidental, no ha sido posible

en gran cantidad de lugares del planeta. Por ello muchas son las ramas del árbol humano que han desaparecido desgajadas por no haber podido o no haber sabido superar las crisis que se les presentaron.

Occidente siempre ha salido del paso

Es cierto que Europa Occidental y sus satélites han tenido la suerte, el privilegio o las condiciones que le han permitido superar con éxito todas esas crisis. Por eso es en esta parte del globo donde puede estudiarse la secuencia más completa de evolución de los sistemas agrarios. Pero ni este éxito es general, ni hay motivo para pensar que siempre habrá de acompañarnos. Diríase que la **Segunda Revolución agrícola** (con la utilización masiva de maquinaria, abonos, semillas seleccionadas, tecnología en una palabra) es el último paso de un proceso que **hasta ahora** siempre ha terminado bien. Cabría preguntarse, sobre todo en las últimas etapas de este proceso, a costa de quién se han superado las crisis y si, por ejemplo, la **Revolución Industrial** hubiera sido posible sin esa ingente explotación que el colonialismo llevó a cabo con buena conciencia.

La novedad de los actuales planteamientos es que la crisis que se avecina no afecta ya solamente a esta o aquella etnia, a este o aquel país. La crisis va a adquirir dimensiones planetarias y si unas regiones serán afectadas antes que otras ello no impedirá un efecto en cascada que alcanzará a todo el planeta.

Ningún argumento histórico o religioso garantiza que el hombre vaya a tener a mano en el momento oportuno (y ese momento es **ya** por los inevitables plazos necesarios para que surta efecto cualquier medida que se tome) la solución a la crisis actual. Se trata de un nuevo reto a las capacidades y a la inventiva humanas. Nuestro gráfico del comienzo nos hace temer que pocas son las energías que se consagran en la actualidad al estudio y a la solución de estos problemas de largo alcance.

Se necesitan cambios profundos

No parece que pueda pensarse en una hipotética **Tercera Revolución agrícola** para resolver esta nueva crisis. ¿Existe entonces alguna alternativa viable?

Sin que la solución global sea evidente, cabe aportar algunas sugerencias. En primer lugar, que las minorías poderosas dejen de manejar la asignación de recursos y los instrumentos de política económica en interés propio. Por otra parte, se impone la superación de los planteamientos nacionalistas y colonialistas de cualquier signo: por este camino las injustas diferencias no dejan de agrandarse. En consecuencia, estamos exigiendo una **cierta socialización a nivel mundial**.

Hasta ahora las revoluciones técnicas han servido a la humanidad para salir siempre adelante. A partir de ahora, ¿no habrá que poner la esperanza, no ya en una revolución de carácter técnico como las anteriores, sino en un **cambio radical de las estructuras mentales y sociales?**

José J. Romero
E.T.E.A (Córdoba)